



SEGUNDA PARTE

De cómo Garbullo se arrojó al fuego por temor de quemarse.

Cuando hubo hecho Garbullo como unas doscientas leguas á nado, se sintió algo cansado y tuvo hambre, y eso que no habia empleado más de dos horas en aquella caminata. Largo tiempo hacia que ya no bajaba la corriente del arroyo y que navegaba en alta mar sin notarlo, pues le parecia estar soñando y no se daba cuenta exacta de lo que pasaba en su derredor. Ya no veia la mariposa azul; sin duda le abandonó cuando el arroyuelo entró en el río que habia llevado á Garbullo hasta la mar.

Haciendo un gran esfuerzo para reconocerse, Gar-

bullo observó que había perdido la figura humana; en vez de piés y manos tenía hojas verdes mojadas; su cuerpo era de madera cubierto de musgo, su cabeza una magnífica bellota y muy dulce, á juzgar por el gusto azucarado que sentía Garbullo, aunque no en la boca, pues la había perdido. Mucho le sorprendió verse en aquel estado: su viaje le había metamorfoseado en una rama de encina que flotaba en el agua. Los peces corpulentos que encontraba á miles le olfateaban al paso y al instante volvían la cabeza desdeñosamente. Las aves acuáticas caían sobre él para devorarlo y en cuanto le miraban de cerca se apartaban, porque sin duda no era apetitoso para ellas. Por fin acudió un águila enorme que con mucha suavidad le asió con el pico y se le llevó por el espacio.

Garbullo tuvo miedo al verse en tales alturas; pero muy luego notó que el aire á la par que le secaba le daba fuerzas y sustento, pues se calmó su hambre y se habría encontrado muy á gusto, si los proyectos del águila respecto de su persona no le hubiesen parecido sospechosos.

Sin embargo, como seguía pensando y racionando bajo su nueva forma de ramaje, se dijo:

« Debo estar cerca de la tierra puesto que el águila,

que no es un ave acuática, me ha venido á buscar al agua, y si me lleva en su pico, no es para devorarme en razón á que se alimenta con carne y no con bellotas; sin duda me va á utilizar con otros ramajes para su nido, y muy luego estaré en lo alto de un árbol ó de una peña. »

No se equivocaba el muchacho. Pronto distinguió las márgenes de un islote desierto donde no había más



que árboles, yerba y flores que brillaban al sol y embalsamaban el ambiente á veinte leguas en contorno.

El águila le dejó en su nido y salió en busca de otros ramajes. Garbullo cuando se vió solo tuvo buenas ganas de largarse; pero ¿cómo lo haría no teniendo piernas? Siquiera cuando navegaba, se decía, el agua me empujaba y mé llevaba adelante; pero ahora ¿qué será de mí? Me voy á convertir en una rama seca y no habrá remedio para mí; tengo encima la muerte.

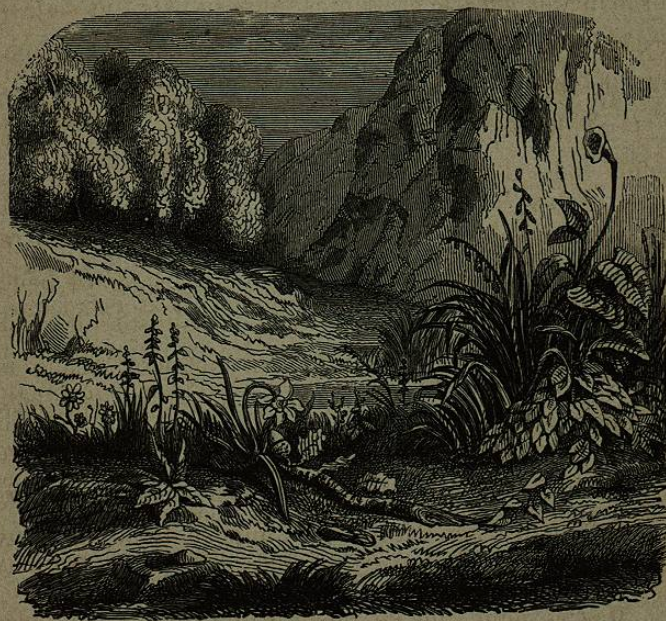


Garbullo derramó algunas lágrimas; mas luego recobró ánimo pensando que las hadas ó los genios benéficos le habian protegido contra los asaltos del horrible abejon, y que sin duda le habian metamorfoseado así para preservarle de sus persecuciones. Con mucho gusto los habria invocado nuevamente y sobre todo á la mariposa azul que le habia hablado en el arroyo; pero estaba mudo como un tronco é imposibilitado de hacer por sí mismo el menor movimiento.

Mas hé aquí que de repente una furiosa ventolera

barre el nido del águila y trasporta á Garbullo al centro de la isla.

En cuanto Garbullo toca la tierra ve agitarse en su derredor todas las yerbas y todas las flores y un hermoso narciso blanco á cuyo pié se halló detenido, le besa en la mejilla y le dice: « ¡Conque al cabo estás aquí, querido Garbullo! ¡muchísimo tiempo te hemos esperado! »



Una margarita se echa á reir y exclama: « Ahora

sí que nos vamos á divertir teniendo aquí á Garbullo. »

Y una espiguilla silvestre añade : « Propongo un baile para festejar la llegada de Garbullo.

— Paciencia, contestó el narciso que parecía muy razonable; nada se puede hacer en honor de Garbullo mientras no le haya visto la reina.

— Cierto, dijeron las otras plantas; pero tengamos cuidado con el viento porque podía jugarnos la mala pasada de llevarse de aquí á Garbullo. Nos enlazaremos alrededor de nuestro amigo. »

Dicho y hecho. El narciso extendió sobre la cabeza de Garbullo una de sus grandes hojas y le dijo : « Duerme, Garbullo, que te presto un buen quitasol. » Cinco ó seis primaveras se tendieron á sus piés, una porcion de muguetes tiernos se sentaron sobre su pecho y una docena de amables vinca-pervincas se arrollaron en su derredor y se enlazaron tan bien que el peor viento del mundo no habria podido arrancarle de aquel sitio.

Reanimado Garbullo con el buen olor de aquellas afables plantas, con la frescura de la yerba y la agradable sombra del narciso, se durmió deliciosamente, en tanto que los muguetes le contaban bonitos cuentecillos y las margaritas entonaban cantares á diestro y siniestro, pero que le mecían en los sueños más gratos.

Al cabo le despertaron otras voces. Era que cantaban y bailaban en su derredor, todo el mundo parecía muy alegre; las campánulas se agitaban con estrépito, las gramíneas tocaban las castañuelas, los muguetes hacían mil piruetas y reverencias y hasta el grave narciso cantaba con furor en tanto que las margaritas se reían á carcajadas.



« Criaturas sin seso, exclamó entónces con tono maternal una voz suavísima, ¿ no teneis que darme ninguna buena noticia esta mañana? »

Inmediatamente millones de voces contestaron en coro : ¡ Garbullo! ¡ Garbullo! ¡ Garbullo! Y apartándose como un cortinaje todas las plantas descubrieron á los

hechizados ojos de Garbullo la lindísima figura de la soberana.

Era en efecto la Reina de los prados, esa flor bella,



elegante, menuda y aromática que brota en la primavera y se complace en los lugares frescos.

« Levántate, mi querido Garbullo, y ven á dar un beso á tu madrina. »

Al punto sintió Garbullo que volvía á tener piés, brazos y manos, que renacía entera y verdadera su antigua persona. Se levantó con presteza y toda la pradera lanzó un grito de alegría con la aparición del verdadero Garbullo. La reina se dignó despojarse de su disfraz y se mostró bajo su forma natural que era la de una hada más hermosa que la luz del día, más fresca que el mes de mayo y más blanca que la nieve; lo único que conservó fué su corona de flores de reina de los prados que mezclándose con su rubio cabello, parecía más primorosa que una corona de grupos de perlas finas.

« Vamos, criaturas, dijo, levantaos también y que los ojos de Garbullo os vean como sois. »

Hubo un momento de vacilación y el narciso tomando la palabra contestó :

« Bien sabes querida reina que necesitamos una de tus divinas sonrisas para recobrar toda nuestra belleza y estás tan ocupada con Garbullo que no piensas en dirigirnosla. »

La reina se sonrió naturalmente ante aquella reconvencción y Garbullo que vió también como un relámpago la sonrisa, experimentó un movimiento de gozo miste-

rioso que le produjo una sensación indecible. Todo el prado se resintió igualmente : habríase dicho que el rayo de un sol mil veces más claro y suave que el que alumbra á los hombres había reanimado y trasformado todas las cosas vivas. Todas las flores y yerbas, todos los arbustos de la isla, vinieron á ser otros tantos silfos, hadas menudas y genios diminutos, unos bajo el aspecto de niños tan bellos como los amores, niñas encantadoras, jóvenes alegres y juiciosos; otros con la figura de encopetadas señoras, nobles ancianos y hombres de fisonomía abierta y franca, altos y robustos. En suma, se complacia la vista en ver todo aquello, lo mismo á los jóvenes que á los ancianos, lo mismo á los pequeños que á los grandes. Todos vestían finísimas telas, las unas brillantes y las otras de tan suaves colores como los de las plantas cuyo nombre y emblemas habían adoptado. Los niños hacían las travesuras más graciosas, las personas graves los contemplaban con amor y protegían sus juegos. Los jóvenes bailaban y cantaban hechizando á todos con su gracia y su modestia. Todos y todas se llamaban hermanos y hermanas y se amaban como hijos de la misma madre, y la madre era la reina de los prados, eternamente joven y bella, que mandaba con sus sonrisas y gobernaba con su afecto.

Tomando de la mano á Garbullo le paseó por medio de los numerosos grupos que se habían formado en el prado, y cuando todo el mundo le hubo festejado y acariciado, ella le dijo :



« Te doy completa libertad para que te diviertas y seas dichoso. Esta fiesta no será larga porque tengo muchos negocios que despachar; no durará más de cien años que puedes aprovechar para aprender nuestra ciencia mágica. Aquí se hacen las cosas pronto y bien. Pasada la fiesta hablaré contigo y te diré lo que debes saber para ser un mágico perfecto.

— Muy bien, querida madrina, ya que lo sois, contestó Garbullo; me inspirais tal confianza que haré todo lo que queráis. Pero ¿quién me instruirá aquí?

— Todo el mundo, dijo la reina; todo el mundo sabe lo que yo, puesto que he dado á todos mis hijos mi ciencia y mi sabiduría.

— ¿Y nos vais á dejar durante esos cien años? preguntó Garbullo; lo sentiria en el alma pues os quiero con todo el amor que habria consagrado á mi madre si me lo hubiese permitido.

— No te abandonaré por el corto tiempo que he de pasar á tu lado y con mis demas hijos, respondió la reina; me quedaré en medio de vosotros, tú me verás siempre y podrás hablarme é interrogarme; pero como conoces, tus hermanos y hermanas desean festejarte y que estés contento. No seas insensible á su deseo, pues toda esa alegría, toda esa felicidad que les embriaga segun estás viendo, se cambiarian en tristeza y en lágrimas si tú no les profesaras el cariño que ellos y ellas te profesan.

— No lo quiera Dios, » dijo Garbullo; y se lanzó en medio de la fiesta.

Garbullo no se preguntó por qué toda aquella gente tan bondadosa, tan bella y feliz consagraba semejante

cariño á un pobre desconocido como él que salia del mundo de los malvados. No puso en duda la sinceridad de aquel sentimiento. Inmediatamente comprendió que amor con amor se paga, y no pensó en otra cosa.

La fiesta fué magnífica y el tiempo que hizo inmejorable. Sin embargo, á veces llovió; pero era una lluvia tibia que olia á rosa, violeta, reseda y demas aromas que hay en el mundo, y daba tanto gusto el sentir que caía aquella lluvia como el sentirla tambien que se secaba en el cabello á los rayos de un hermoso sol que se despachaba á absorberla. De cuando en cuando hubo tormentas, con ventolera y truenos, lo cual formaba un espectáculo de imponderable hermosura y que se admiraba gratis. Habia grutas inmensas donde se ponian



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

al abrigo para contemplar la mar embravecida, el cielo encendido y para oír los cantos tan extraordinarios como sublimes que producía el viento en los árboles y en las rocas. Nadie tenía miedo, ni aún los silfos y geniecillos más diminutos, porque sabían que no corrían peligro ninguno. A veces los arroyos crecían hasta transformarse en torrentes, y entonces se desencadenaba entre niños y niñas un alegre tumulto para atravesarlos; sucediendo que cuando por acaso caía alguno en la corriente, los demás se reían con mayor fuerza, pues nada daba la muerte en aquel país, donde ni aún siquiera se conocían las enfermedades. No obstante, ocurrían ciertos accidentes. Los silfos de naturaleza turbulenta se caían de las copas de los árboles, y había niñas que se picaban los dedos en las espinas de los rosales y de las acacias. Los jóvenes que ejercitaban sus fuerzas solían por descuido derrumbar un peñasco que rodaba sobre unos ancianos que platicaban muy tranquilos al pie de la cuesta. Pero inmediatamente que se veía una herida fuese grande ó pequeña, la menor gota de sangre hacía acudir á todo el mundo y todos á porfía trataban de derramar la primera lágrima sobre aquella llaga, pues así se curaba al instante como por encanto. Sin embargo, el incidente causaba un movimiento de dolor general,



como si todo el mundo sintiese el mismo mal del herido. Entonces llegaba la reina á toda prisa, se sonreía y como el herido se había curado ya, todos se consolaban y se absorbían en un nuevo júbilo debido á la sonrisa de la reina.

En aquel país consistía el alimento en frutas, semillas y jugo de las flores; pero aderezaban todo esto con tal primor, variaban tanto las mezclas, que todos los platos eran exquisitos. Todo el mundo preparaba, servía y comía los manjares. No había elección de convidados, y que fuesen jóvenes ó viejos, alegres ó formales, todos

se mostraban agradables en igual escala. Unos hacían reír á carcajadas, en tanto que otros eran admirados por su sabiduría ó entendimiento. Nadie se aburría ni aún aquellos que debían estar graves con los sabios, porque estos hablaban con mucha gracia y nadie abría la boca sino movido por la amistad que profesaba á los otros. Las noches eran tan hermosas como los días : cada cual se dormía en donde se encontraba, en el musgo, en la yerba, en las grutas iluminadas por millones de luciérnagas. Los que no querían dormir por lo



hermosa que estaba la luna, se paseaban en el agua, en las selvas, en los montes y siempre encontraban con quien hablar, pues por todas partes había grupos que se entregaban á las delicias de la música ó que celebraban la belleza de la naturaleza y la felicidad de los castos amores.

Por fin trascurrieron los cien años cada uno de ellos como un día y cuando al fin del último se presentó la reina y tomó de la mano á Garbullo, el muchacho se sorprendió porque se creía al principio de la fiesta.

« Querido jóven, le dijo, tengo que hablarte ; la fiesta se va á concluir, vente conmigo adonde estemos bien solos. »



Subió con Garbullo á la cumbre más alta de la isla y desde allí le hizo admirar la belleza de la comarca de las flores, donde danzaba y cantaba aún, á la primera claridad de las estrellas, aquella raza feliz y encantadora que constituía como si dijéramos su familia.

Garbullo sobrecogido de la más honda tristeza por primera vez hacia cien años, exclamó diciendo :

« Pero ¿ por desgracia voy á separarme de todos esos amigos ? ¿ Volveré á ser un ramaje de encina ? ¿ Regresaré al país en donde reinan las abejas avaras y los zánganos ladrones ? Querida madrina, no me abandonéis, no me hagáis salir de aquí ; me sería imposible vivir en otra parte y lejos de vos me moriría de pena.

— No te abandonaré nunca, Garbullo, dijo la reina, y si quieres te quedarás aquí eternamente ; pero escucha lo que tengo que decirte y tú verás lo que has de hacer.

« El país en donde has nacido y que definitivamente ha tomado hoy el nombre de reino de los abejones, porque el señor Abejon ha sido elegido rey, era ántes de tu nacimiento un país como todos, malo y bueno, pues habia en él gente malvada y gente bondadosa. Tus padres no eran de los mejores y sus hijos se los parecían. Tú llegaste el último y por una feliz casualidad pasé yo en el instante de tu nacimiento por la selva

donde vivía tu padre. Tu madre estaba en la cama, tu padre te examinaba y decía que eras más endeble que sus otros hijos. Con una voz gangosa le oí decir en el umbral de su puerta : « Este chiquillo me costará mucho y no me producirá nada. No sé en qué pensaba mi mujer cuando me ha dado un hijo tan feo y raquítico ; si no temiera enfadarla, le ahogaba ahora mismo como si fuera un gato. » Pasaba yo entónces por el arroyo bajo la forma de una mariposa azul, disfraz que debo tomar cuando temo encontrarme con el rey de los abejones. Yo bien me figuraba que tu padre no te mataría ; pero comprendí que no era hombre de bien y que no te profesaría el mayor cariño. No podía impedir semejante desgracia ; pero mi necesidad de hacer bien por donde quiera que paso, me dió la idea de adoptarte por ahijado dotándote de mansedumbre y de bondad, lo que á mis ojos, era lo mejor que podía ofrecerte.

« Te besé de paso y habiéndote rozado con mis alas, continué mi viaje, pues iba con una misión cerca de la reina de las hadas, y en cuanto llegué á su lado lo primero que hice fué pedirla licencia para hacerte dichoso. Al instante me la concedió ; pero muy luego vimos llegar al rey de los abejones que se enfadó con ella y conmigo y profirió una porción de amenazas diciendo que